

Contra la confusión

ANTONIO GARCIA-TREVIJANO

1997, no
somos libres

Cada vez resulta más obvio que la palabra, en la Transición, ha terminado su engañoso periplo. El discurso de los hechos abre el pasado al porvenir. Y el de las palabras huecas, empeñado en taponar vanamente la sangrante brecha que la terrible verdad deja traslucir, ya no engaña a nadie. La sociedad está herida de fondo y maltrecha de forma. Más aún que por los conocidos y sospechados crímenes del Gobierno pasado, por el Gobierno del crimen actual. Pues crimen es que toda la vida política gire en torno a trampas y falsedades, a silencios y distracciones para evitar el castigo legal de la evidencia que incrimina a una de las columnas sobre las que se edificó, con celestial cuento de hadas, el Palacio de la Transición. Todo lo que hoy pasa en España, desde el bastardo expediente a esos honestos fiscales que investigan deshonestos secretos del poder, hasta la batalla del fútbol televisado para monopolizar la información, está decisivamente condicionado por ese ánimo del purgatorio que se pavonea fuera de España. Y lo peor está aún por llegar, si lo irremediable no sólo se hospeda en la Naturaleza.

Ningún cambio en las convenciones, ninguna fiesta o vacación de las voluntades, ningún año nuevo cambia el ritmo o el sentido de los procesos naturales. Y aunque nada hay tan parecido al tiempo físico que ordena los fenómenos de la Naturaleza como el de las rutinas que gobiernan los de la sociedad, la libertad política consiste precisamente en la posibilidad de cambiar las inercias que empujan a la degeneración del carácter colectivo en la vida de los pueblos. Si la inercia de este régimen conduce al retorno del pasado criminal al Gobierno, el impulso de la libertad lleva, sin esfuerzos suplementarios, al conocimiento de la verdad y a la liberación de la servidumbre que nos ata al carro de cuatro amos del Estado, repleto de dinero y de crímenes. Es la función que desempeña la democracia como forma de gobierno. Garantizar la permanencia en las instituciones del impulso original de la libertad. No hay democracia si lo que gobierna no es la inercia de la libertad. Y ese movimiento casi mecánico de liberación no lo podrá tener nunca, por su origen y constitución, un régimen exclusivamente ideado para distribuir y mantener el poder entre oligarcas de partidos.

Esa verdad es irrefutable. Ningún partido osará poner en juego el régimen de partidos que lo privilegia. Una vez establecido ya nadie piensa más en su naturaleza oligárquica, ni en su carácter depravado. La ideología suplanta al pensamiento. Sus achaques y defectos se cargarán sobre las personas que lo sirven, como si no estuviera concebido para servirlos y no pudiera constatar que, incluso promotoras del crimen, devienen insustituibles para el mantenimiento del sistema. El nuevo año se inaugura con el viejo propósito de seguir amordazando la verdad en la justicia y en la libertad de expresión. La aparente apatía de la sociedad civil no es, sin embargo, más que una pura y muda expresión de su impotencia ante la cerrada sociedad política interpartidista, que no la representa. Pero la vida de la razón, aún sofocada por mil sinrazones, nunca muere. Y en la más negra oscuridad siempre existen algunos puntos claros de referencia. Anímemos, pues, el primer impulso de la libertad en la sociedad civil a partir del que están dando ya, para el conocimiento de la verdad, esos periodistas, jueces de instrucción y fiscales que no se arrojan ante los peligros que entraña para ellos el simple cumplimiento de su deber. Y hasta que la bendita inercia de la libertad pueda gobernar nuestra vida pública no pensemos, por favor, que somos libres.

TRIBUNA LIBRE

No hay perdón para los
criminales de guerra

[MARK SOMMER]

El caso de un tal Drazen Erdemovic revela, en su microcosmos, tanto la importancia vital de hacer aplicar la ley internacional sobre los individuos como la impotencia virtual de los actuales medios para hacerla efectiva.

Erdemovic, un ex soldado del ejército bosnio-serbio, acaba de ser declarado culpable y condenado a diez años de prisión por el Tribunal Internacional para los Crímenes de Guerra de La Haya por haber participado en la infame matanza de bosnios musulmanes de 1995 en Srebrenica, Bosnia.

Esta es la primera condena individual por crímenes contra la humanidad desde que el Tribunal de Nuremberg juzgó a altos oficiales nazis hace medio siglo.

Pero aunque esta sentencia haya sido saludada por la fiscal Louise Arbour como «memorable», en realidad es también el síntoma de la impotencia del tribunal, ya que en lugar de Erdemovic, un mero ejecutor de bajo nivel, debían haber sido condenados quienes concibieron y dirigieron esas atrocidades.

Erdemovic era una pequeña pieza de una vasta empresa cuyos arquitectos —hombres como el presidente serbio Slobodan Milosevic y los líderes bosnio-serbios Ratko Mladic y Radovan Karadzic— siguen libres de deambular por su propio territorio e incluso por otras partes del mundo, así como de ejercer su poder, que

no ha sido muy disminuido por la censura moral mundial.

De 74 personas que han sido hasta ahora acusadas por el tribunal de crímenes de guerra, sólo siete han sido arrestadas y ninguna de ellas es de alto nivel militar o político.

En respuesta a este mortificante espectáculo y a otros similares en Ruanda y en diferentes lados del

Hoy en día, la idea de establecer la CCI ha ganado el apoyo de más de un centenar de naciones, incluyendo, muy recientemente, a Estados Unidos, cuya renuencia la había obstaculizado durante largo tiempo.

Un comité preparatorio de la ONU se ha estado reuniendo desde 1995 para elaborar un proyecto de estatuto y recientemente fue encargado de preparar una conferencia en 1998 que podría negociar y firmar el proyecto final del tratado para establecer la CCI.

El amplio respaldo que recibe la idea de crear la corte refleja el hecho de que la cuestión no es vista como referida exclusivamente a los derechos humanos.

En una economía que se está globalizando rápidamente, por ejemplo, las corporaciones multinacionales necesitan un sistema confiable para hacer cumplir la ley internacional, incluyendo el juzgamiento de los responsables de los ataques terroristas contra sus empleados.

Pero aunque actualmente el impulso para crear la Corte Criminal Internacional es fuerte bien podría ser que los esfuerzos realizados se vean desbaratados.

Por ejemplo, por diversas razones, China, India, México e Irán se muestran reacios a la creación de la CCI y pese al sostén del presidente Bill Clinton, el Departamento de Defensa de Estados Unidos teme que la corte pudiera ser usada para juzgar a soldados estadounidenses por actos cometidos durante intervenciones militares en el extranjero.

«La idea de un
tribunal
internacional contra
los crímenes de
guerra va ganando
adeptos»

mundo, donde se registran escenas de los últimos días del apocalipsis, el durante mucho tiempo paralizado movimiento para establecer una Corte Criminal Internacional (CCI) permanente ha ganado nuevos impulsos.

La idea de crear una CCI surgió después del éxito del tribunal de Nuremberg, pero quedó archivada como consecuencia de las rivalidades de la Guerra Fría.

CARTAS

Las cartas enviadas no excederán de veinte líneas. EL MUNDO se reserva el derecho a resumir o refundir los textos. Pueden enviarse por correo, por fax (Fax: 586 48 48) o por correo electrónico (internet@el-mundo.es)

La mala uva de
este país

Sr. Director:

Está mal que haya corrupción o que el Estado ejerza de terrorista; pero, después de todo, en todos los países pasan cosas y ya se sabe que el ser humano es débil y pecador por naturaleza.

Está mal que en el Parlamento diputadas y varones, pagados con nuestros impuestos, se pongan a discutir sobre un quitame allá esas pajas. Da una impresión de miseria intelectual increíble, pero, en el fondo, también contribuye a animar una actividad como la parlamentaria, bastante sosa y aburrida.

Lo que me parece intolérable es lo de las uvas. Todos los años pasa lo mismo. Cuando el reloj funcio-

na bien, el presentador se aturulla y lo explica mal. Cuando los presentadores lo explican bien, como este año, el reloj funciona mal. Parece una radiografía del funcionamiento de nuestro entrañable país.

A mi suegra se le atragantaron, le dio la risa y un trozo de mala uva se le alojó en un bronquio, por lo que tuvimos que ingresarla en urgencias y quedamos sin fiesta de Nochevieja. ¿A quién reclamar? José Manuel Cota Bermúdez. Vigo (Pontevedra).

La españolidad de
Ceuta y Melilla

Sr. Director:

Quisiera contestar a la carta de José Lucrecio Oteiza (EL MUNDO, 28-12-96): «O Gibraltar o Ceuta y Melilla». Este señor decía que España debería ceder la soberanía de Ceuta y Melilla al Gobierno de Marruecos, eso sí, después de una indemnización justa por parte de Marruecos a los ciu-

dadanos españoles residentes en dichas ciudades.

En primer lugar, queremos seguir en nuestra tierra, queremos seguir siendo españoles y no queremos ninguna limosna y menos de un país como Marruecos.

En segundo lugar, hay muchísimos españoles que defienden la españolidad de Ceuta y Melilla puesto que Melilla es España: 18 años antes de que Navarra se incorporara a la corona de Castilla, 162 años antes de que el Rosellón fuera francés, 279 años antes de que existieran los EEUU de América. Para colmo en este año que ha entrado, los melillenses celebramos el V Centenario de la españolidad de esta tierra querida. José A. Casademunt Luque. Melilla.

Muchas razones
para el enfado

Sr. Director:

Comprendo el cabreo de las señoras diputadas de la oposición a causa de las

palabras machistas pronunciadas en el Congreso.

Creo que también deberían haberse cabreado antes, cuando les concedieron la limosna del 25%. ¿Por qué no les dieron el 50% ya que en España la proporción de hombres y mujeres es del 50% aproximadamente? Además todavía no he visto que los antiguos gobernantes les dieran un ministerio de primera. Eso también es machismo.

¿Por qué en el próximo congreso del PSOE no dan el primero y el segundo puesto a mujeres? Creo que lo harían muy bien. Nunca he votado al PSOE, no por animadversión, sino porque no me gustan algunos de sus representantes.

Pero si un día se presentara doña Cristina Alberdi para presidenta del Gobierno creo que no me lo pensaría y a lo mejor la votaría, pues creo que lo haría mejor que el señor González. Si eso ocurriera podríamos decir: «Ahora sí que tenemos democracia». Así, señoras diputadas, cabréense con los